

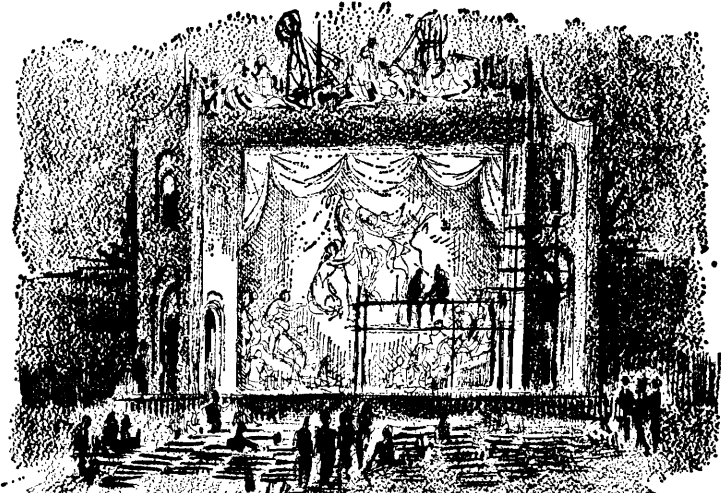
# LA UNION, REALIDAD

Muchas de las viejas fotografías que habían escondidas por mi casa de la infancia, también muchas de las que estaban en forma de abanico prendidas en unas alargadas colgaduras de mimbres pintados con motivos japoneses, tenían pie de fotógrafo de La Unión. Mis tías, mis primas, mis hermanas mayores hablaban de La Unión. Pero quizá nada de esto, ni las conversaciones repetidas, ni las fotografías amarillentas, hicieron tanto en mi imaginación como el libro, de hace sólo unos años, de Asensio Sáez sobre este pueblecito minero. La Unión, en la pluma de Asensio, crece, se magnifica y pone en la imaginación del lector semillas de ideas fantásticas que luego se desarrollan en sueños maravillosos poblados de procesiones de mineros, carburos en teoría inacabable, perfiles misteriosos de imágenes santas adornadas de rosarios, iluminadas con farolas oníricas alucinantes.

Alucinantes... Claro está que por esto Asensio tituló su libro "Biografía de una ciudad alucinante". Ciudad... Porque no es pueblecito. O, si se quiere, puede ser pueblecito en el sentido más entrañable, pero nadie puede saber la medida que nos cambiará al pueblecito en ciudad cuando uno puede comprometerse a reanudar una serie larga de fotografías de La Unión que la definan como ciudad desmesurada y otra serie que la situará entre los pueblecitos mineros más encogidos y modestos. Por ejemplo, de esto, puedo recordar una de aquellas viejas fotografías de La Unión. Dos tiosos y abigotados treintaeferos —mi padre y mi tío Paco— toman café en la terraza o ancha acera frente a un edificio de toldos enrollados, de arquitectura fin de siglo. ¿Año 1908? Quizá. Ante ellos, el servicio brillante. Las tazas y un botellín de agua de aquellos con tapaderita plateada que se alzaba al presionarla con el pulgar. Los dos atildados hombres fuman, uno un puro y el otro su cigarrillo liado, disforme. Hay un periódico doblado al borde de la mesa. Nadie que mire esta vieja fotografía puede adivinar el lugar en que está hecha si no mira por detrás el sello del fotógrafo: "Cartillo-La Unión". Uno de los fotografiados es el propio Cartillo, mi tío Paco. Y nadie podrá adivinar un pequeño pueblo minero, La Unión, porque el fondo arquitectónico acusa una grandiosidad que no puede permitirse sino la ciudad que ha vuelto a encontrar su plata perdida.

Un estudio fotográfico, o dibujado, de la plaza de abastos de La Unión, no dejaría adivinar la placita del pequeño pueblo. Nos daría la pista de cualquier mercado parisino, o bruxelense de la bella época. Quizá si alguien conserva los antiguos prospectos en que se anunciaban las actuaciones de los cantantes y de las bailarinas que hace setenta años venían a La Unión, el resultado sería igualmente sorprendente.

Quizá por algo de todo esto, quizá porque todas las ciudades necesitan para terminar de ser, que un escritor se enamore de ellas y las describa o haga su biografía, quizá por todo esto yo comencé un día a enseñar La Unión y a rondar la iglesia del Rosario en ondulantes y crechantes paseos, a ver de pronto aparecer sus procesiones en exaltación de disparatadas alturas imaginativas; comencé a penetrar en sus minas y a escuchar el chirrido de las correas y cadenas que mueven los complicados ingenios que transportan el mine-



ASENSIO SÁEZ Y SUS COLABORADORES DISPONEN EL ESCENARIO PARA EL FESTIVAL DEL CANTE DE LAS MINAS. Lo vivió...

ral. Y comencé a pisar el escurridizo y empinado suelo de la "gacha" o escoria cuando las manos se atenazan a la también nada que no te impide caer al fin del sueño.

Pero las ciudades que se sueñan hay que visitarlas para que no te sigan convocando con llamadas terribles, para que te acojan y te prometan que ya puedes caminar con ellas pero sin su falso espectro. Las ciudades misteriosas tienen un poder terrible de convocatoria al que hay que acudir. La Unión es ciudad misteriosa que para la revelación de sus misterios ha parido, consciente e intencionadamente, a ese laical sacerdote sonriente que es Asensio, verdadero arconte de La Unión que sólo permite a los demás paracerlo. Ir a La Unión y prescindir de Asensio Sáez es provocar un cataclismo silencioso que hará que La Unión desaparezca y ya no sea ante los ojos del petulante que creyó poder conocerla solo. Todo lo que es La Unión surge al poder de unas palabras de Asensio que bien pueden ser sencillas aparentemente. Por ejemplo: "¿Queréis que tomemos una horchata?". Basta con eso para que empiece a funcionar el gran misterio de La Unión.

hace tiempo. La Unión en la memoria sus partes casi justas que pueden estar mezclados con el perfil onírico, desde luego; pero ya no importa: antes bien es casi mejor. De verdad no sé nunca cuál sea el perfil auténtico. Repito que no importa.

Importa La Unión. Así, hace unos días, nos pusimos Fuentisanta y yo, otra vez, no frente a La Unión sino cabe La Unión, junto a La Unión. Y, luego de comprobar su esfuerzo cultural en tres exposiciones, casi en un pie de pava que decimos por aquí, nos fulimos a sorprender al incansable Asensio en su teatro —¿Es suyo, verdad?— rodeado de los hombres que le siguen, preparando nada menos que el «Festival del Cante de las Minas». (Que se ponga otro y lo haga).

Un túnel de carburos (—¿lo ven Uds.?—) nos desembocó en el espacio abierto del espectáculo. Al final de un día de agosto terrible, allí había dispuesto Asensio una brisa de anochecer que, al ser claramente falsa, incluso artística, era mucho mejor que la natural brisa que corriera en toda la provincia en aquellos momentos. El escenario estaba casi a punto. Escenas irreales de hombres agitados por un agitado descanso, cabalgaban caballos

Cegarra y a tantos amigos que no quiero nombrar para que el posible silencio de algún nombre no me haga caer ante mí mismo en el desagrado. Se habló de Pérez de Hita y de su biografía, y de Cervantes y sus fobias incomprensibles. Con la improvisación que confía en la buena amistad y en el perdón del disparate que se desliza.

Entre los obsequios de mis amigos de La Unión me traje una breve tarja de plata en que se recordaba mi estancia allí y un libro hermoso libro— con la historia del trovo. La historia de María de Castillo, de Ambrosio Martínez de Ballesta, del «Repuntón» del «Loterero», del «Picardías» del «Taxista»... de tantos. Escrita por Angel Roca que ya sólo por esto, por haberla escrito, merecería ser nombrado Trovero Mayor del Reino. Y miren por dónde, que abrí el libro en la página donde Roca hace un trovo de la vieja copla "a Cartagena me voy". Y no pude meter en cintura al deseo suelto de imitar ese trovo y enviárselo en pago, pobre, del libro. Y como lo hice, allá va:

«A Cartagena me voy a ver el mar y sus olas y ver los barcos del Rey como banderas españolas».

(Respeto a versión de la copia propia de Angel Roca) ¿Cuanto tiempo como estoy queriendo irme a Cartagena! Ya no pasará de hoy: ya le he dicho a mi morena: «A Cartagena me voy.»

Dejaré mis tierras solas y dejaré mis aperos; dejaré mis amapolas para ir, por esos senderos,

«a ver la mar y sus olas.» Caminar sin más ley que la de ir en derecha; lejos de mi propia grey me llevará mi andadura «a ver los barcos del Rey».

Cerca de las quietas olas me sentaré a descansar dejando a mis penas solas con los barcos, con el mar, «con banderas españolas.»

Mis penas estarán solas; yo, con mi silencio, allí, cerca el puerto y sus faroleros; que buscando barcos fui «con banderas españolas».

Hombre de muy libre ley, me verán aprisionado. Verán que dejé mi grey porirme, de enamorado, «a ver los barcos del Rey».

Ya dejo mis tierras solas, me alejo de mi morena, olvido las amapolas, por estar en Cartagena «a ver la mar y sus olas».

Que ya se lo dije hoy a la muchacha que quiero: —Morena, por quien voy que dejo campo y apero: «A Cartagena me voy».

MANUEL MUÑOZ BARBERAN